

TRIBUNA

LA VANGUARDIA

EL ARMA DEL
PETROLEO

La "derrota" de Kissinger

La política de Kissinger es la política clásica de predominio donde puede predominar, directa o indirectamente, y de equilibrio donde ello no es posible. Este último caso es el de Oriente Medio. Por la presencia soviética y el arma del petróleo, Norteamérica no sólo ha conseguido establecer una cabeza de puente a virtud del Estado de Israel, en esa área tan conflictiva, sino que lo que tan sólo ha conseguido es crearse un nuevo quebradero de cabeza.

La principal dificultad nace de un éxito infausto, porque las más de las veces son los éxitos, no los fracasos, los que arruinan la vida. El triunfo tan espectacular de la «guerra de los seis días», emborrachó a los israelitas y turbó el juicio de sus mantenedores, los americanos. Según el israelita Arie Eliar, que fue dos años secretario del Partido Laborista y miembro del Gobierno —hasta que Golda Meir planteó el dilema «o sale él o dimito yo»— Dayan decía después de esa victoria fulgurante que los árabes estaban acabados (de donde resulta que más grave que ser tuerto es ser ciego del ojo vidente). Y la Sra. Meir en el épico del triunfalismo, decía a su vez «que los palestinos no existían», aunque, como la tierra alrededor del sol, también ellos, sin embargo, se mueven.

Ese, el de la victoria del 67, hubiera sido el momento de negociar, porque antes, según el mismo Arie Eliar, Israel no podía ceder una parte de un territorio tan reducido ni hacer concesiones en cuanto al retorno de los palestinos. En ese momento, la política de la pareja Golda Meir-Dayan fue la de ganar tiempo o, en otras palabras, la de ganar por prescripción —que ésta es jurídicamente la operación del paso del tiempo— los territorios conquistados. Dayan quiso implantar colonias semimilitares en las fronteras de algunos de los territorios ocupados; colonias que Rabin, que es el general más prestigioso que Israel después de la última guerra, ha desmontado.

Entonces perdió Israel la moneda de cambio que tenía en sus manos: la de poder ofrecer a los árabes la restitución de prácticamente todo lo conquistado, contra el reconocimiento, al menos «de facto», del Estado de Israel y la firma de un Tratado de definitiva renuncia a todo acto de beligerancia. En este escollo de la renuncia a la beligerancia ha naufragado la política de «paso a paso» de Kissinger.

La situación que ha tenido que afrontar Kissinger en este último infortunado esfuerzo de paz, estaba completamente cambiada por esos dos nuevos factores bien conocidos: la guerra del Kippur, que no sólo ha rehecho sino exaltado la moral combativa de los árabes y por el descubrimiento del arma del petróleo; un arma que a la larga será de doble filo para los países productores, pero que por el momento amenaza el corazón de los países desarrollados.

Pero merece detenerse un momento más en esta «arma» del petróleo ante el peligro de nuevas tensiones en Oriente Medio. Sigue siendo un arma y lo seguirá siendo por varios años hasta que las nuevas, potenciales, fuentes de energía no se desarrollen debidamente. Sin embargo, es un arma ya hoy mismo de menos alcance. Desde la elevación del precio, el mercado del petróleo ha cambiado de signo: hay un predominio de la oferta sobre la demanda, por la templanza de un no invierno, por la recesión industrial, por la contracción del consumo.

En una nueva guerra, improbable, pero no imposible, entre Israel y los árabes, éstos podrían llegar al embargo del petróleo, que es lo que el presidente Ford ha llamado la situación de «estrangulamiento» que pudiera llevar a los Estados Unidos a la intervención armada. Pero esa intervención sería «quemar las naves»: ya para Norteamérica no sería posible dar marcha atrás sea cualquiera la «escalación» a que llegase el conflicto.

Esa sería la situación límite, que es mejor borrar de la mente porque las consecuencias son impensables. En un contexto menos apocalíptico, más humano y previsible, la posición americana en el problema del petróleo la ha expuesto «The Economist» en estos términos: «La esperanza de Kissinger de crear un punto de vista único entre los mayores consumidores de petróleo, ha fallado desde el momento en que ha introducido en la discusión la idea de un precio base garantizado. Con ello ha dividido América y el Canadá de todos los otros consumidores (exceptuándose Inglaterra y Noruega, ambos ya productores o en vías de serlo). Kissinger así ha revelado que bajo determi-

nado aspecto, América tiene más en común con los países de la OPEP que con los europeos, incluido Japón».

La verdad es que el precio base, si fuera razonable, beneficiaría no sólo a los americanos sino a los consumidores y a la larga a los productores de un producto extinguido, porque lo que conviene a la humanidad es la diversificación de las fuentes de energía, venga de donde viniere. Perjudicaría tácticamente al monopolio actual de los países productores si éstos, sin el precio base, ante la costosísima puesta en operación de otras fuentes de energía, rebajasen en cualquier momento el precio de los crudos para poner fuera de rentabilidad y por consiguiente fuera también de combate, esas arriesgadas empresas competidoras. Pero sería un triste juego negativo.

En esta gran estrategia que se está jugando, las cartas «orientales» de la baraja han pintado mal, tanto en el Lejano como en el Próximo Oriente, para Norteamérica y personalmente para Kissinger. «El esfuerzo estéril produce melancolía». Si ésta es proporcionada al esfuerzo realizado, la melancolía de Kissinger contemplando el sudeste asiático y las nuevas tensiones de Oriente Medio, será enorme, porque así ha sido su esfuerzo. Lo que se ve es que la diplomacia «paso a paso» no sirve, a no ser que las dos grandes superpotencias no acompañen su paso. Kissinger ha perdido dos batallas en su guerra por alcanzar un equilibrio mundial. Si sobrevive políticamente a estas derrotas, puede todavía hacer mucho, porque está extraordinariamente dotado, si bien siempre que los hados se le volvieran favorables, pues el logro de cada cosa requiere su propio tiempo.

El juego de España en el tablero mundial es pequeño. En el Oriente Medio, España —donde hay tanta sangre hebrea y ni gota de antisemitismo— ha jugado la carta árabe por razones históricas bien conocidas. Cabe esperar que los países árabes en el asunto del petróleo y la reinversión de la masa de excedentes monetarios, juegue a su vez el juego de España y también en otro asunto todavía más cercano...

Antonio GARRIGUES

CUALQUIER TIEMPO
PASADO FUE PEOR

NUESTRA época es triste: tristísima. La acusación procede de observadores severos, que la justifican con datos más bien recargados de truculencia. Naturalmente, se refieren a las áreas ya insertas en un proceso de despliegue económico digamos «avanzado» —el de la «superindustrialización»—, y a él le echan la culpa. Con estadísticas en la mano, por ejemplo, explican que el número de suicidios, traducido en porcentajes, es superior en la desarrollada Suecia que en la pobre Irlanda. Y quien dice suicidios, dice el alcohol sistemático o cualquier droga del repertorio clandestino. Las cifras, en efecto, suelen ser impresionantes, por lo que a tales incorridos atañe. Las plumas de mal agüero tienden a manipularlas con alevosía. Su tesis se reduce a insinuar que estamos condenados a vivir en el peor de los mundos posibles: lo contrario, justamente, de lo que se promedian, hace un par de siglos, los pioneros del «progreso». El reproche de la sociedad actual es depravada, incluso perversa, resulta bastante menos convincente: a la gente, y eso salta a la vista, le encanta la perspectiva de una «relajación de costumbres» discretamente dosificada. De ahí que el ataque se sitúe a otro nivel. La amenaza de un tedio abrumador e inevitable parece ofrecer mayores éxitos a la campaña denigratoria. A veces, uno tropieza con un amigo que se lo ha creído...

Nadie se atreverá a afirmar, desde luego, que la sociedad en trámite de ser «opulenta» —ignoro si la «crisis» presente corregirá la imagen— sea una sociedad alegre. ¿Por qué tendría que serlo? De hecho, no existen precedentes. Dudo de que, en algún momento de la historia, y en no importa qué latitud, haya habido nunca una «sociedad alegre». Jules Laforgue, olvidado poeta francés del Simbolismo, se quejaba con un verso epigráfico: «Ah, que la vie est quotidienne!». O algo parecido. La «vida» siempre es terriblemente «cuotidiana». Laforgue, escritor «maudit», quizá pensaba en las rutinas sinietras de su burguesía. Como Rimbaud o Baudelaire. Pero suponer que el aburrimiento colectivo era una consecuencia —si vale la expresión— del modo de producción capitalista constituía, y constituye, una considerable tontería. Lo anterior no era precisamente el paraíso, y aun convendría precisar que un «paraíso», sea cual fuere, tam-

UN LUGAR PARA LA ALEGRIA

poco sugiere la idea de la «alegría». Los proyectistas de «utopías» —desde Platón a Skinner, pasando por Campanella y Moro— se abstienen de prometer «alegría», y hasta son parcos en conferir adornos estimulantes a sus planes en términos de nuestro vocabulario corriente. Aldous Huxley pudo enseñarse con ellos a través de su caricatura de «mundo feliz». En todo caso, in-sisto, «antes» tampoco ataban los perros con longanizas.

La «vida» del labriego o del artesano, durante el Antiguo Régimen, sin ir más lejos, tuvo que ser espantosa. Tuvo que ser, aunque —claro está— notoriamente menos, la de los propios magnates del «establishment»: reyes, prelados, feudales, banqueros. El frío, la enfermedad, el hambre, un enorme desamparo a cualquier nivel, era lo corriente. ¿Habrá falta intentar un esbozo de descripción de la miseria global que sufrieron nuestros tatarabuelos? Supongo que no. La solapada creencia de que «cualquier tiempo pasado fue mejor» —Huxley la profesaba— nos es propuesta cada día, ante las incoherencias de la «sociedad industrial», que es lo que, en estos pagos, equivale al «modo de producción capitalista», hoy por hoy. Y no: ni mucho menos. Cualquier tiempo pasado fue peor. Irlanda pertenece, ahora mismo, al pasado: es un fósil, como lo es el Tercer Mundo entero. El número de sus suicidas, con relación al arquetipo sueco —que, por lo demás, ni siquiera es «arquetipo»—, puede ser mínimo: hacen trampa los que subrayan esa circunstancia y omiten las restantes, que van desde el libro a la aspirina. Me gusta invocar la aspirina como emblema. Previa a la alegría posible, está la eliminación del mínimo dolor: una migraña, una muela indócil, un reuma ligero.

La comparación no se aguenta. Y caeríamos en una espaciosa y abusiva confusión histórica, si tomásemos al pie de la letra los jolgorios de Chaucer, de Boccaccio o de Rabelais, pongo por caso. O el bailoteo rústico de un cuadro de Brueghel o un cartón de Goya. Me temo que, si los eruditos afinan el examen, y se meten a establecer paralelismos, sus conclusiones no serán demasiado edificantes. La presunta «jovialidad» de nuestros antepasados empieza por no ser «cuotidiana»: se limitaba a la oportunidad de la fiesta, y las fiestas siempre fueron «excepciona-

les». La fiesta o la aventura, lo mismo da. Porque también la aventura es una «excepción», y lo que cuenta es el ritmo diario de las multitudes, la comida, el parto, la dolencia, el jornal, el epitalmio, el descanso, la disputa, el abrigo, la muerte, y las luchas para conseguir un respiro... En el fondo, la literatura «alegre» del pasado viene a coincidir con las censuradas o censurables incidencias modernas. Como no disponemos de números acerca de los suicidios contemporáneos de Rabelais, dejáremos de lado esta eventualidad. Pero sobre la lujuria y la bebida, en la hipótesis de que una y otra sean nefandas, Rabelais nos informa muy puntualmente: la ilusión de su época era la de ahora. Contra el fastidio metódico de la «vida», las opciones eran las mismas. O menos, Rabelais no podía ir al cine ni ver la tele. «Venite apotemus!», cantaban los goliardos. Su único horizonte era la taberna universitaria o pueblerina, con sus vinos y sus mozas. El «Gaudemus igitur» está ahí.

Y ese himno, el «Gaudemus» escolar, termina su primera estrofa con un enunciado cínico: «nos habebimus humus...» Que nos puede servir de cita final. Un concepto como el de «alegría», ¿qué sitio tiene el trayecto vegetativo de la ciudadanía? Sólo un rato, y muy de tarde en tarde. La «alegría», como la «felicidad», son nociones aberrantemente humanas: invenciones calculadas, alentadoras, incitantes, que ayudan a que el hombre se sienta «hombre», humanísticamente hombre. Lo habitual es el dolor, la ira, la amargura, la paciencia, la impavidez, el asco, la culpa, la indiferencia, la vanidad, la estupidez —sobre todo, la estupidez—: no la alegría. Los métodos sociométricos son incapaces de medir la alegría, y, a escala autobiográfica, uno apenas consigue saber cuándo está verdaderamente «alegre»... Bien mirado, la alegría no es una categoría sociológica, y a eso voy. El dolor sí que lo es: puede ser valorado mediante el consumo de productos farmacéuticos y de literatura masoquista. «Nuestro tiempo», probablemente, no es más triste que otros lo hayan sido y otros lo serán: la sociedad industrializada, la postindustrial en particular, sea neocapitalista o socialista, no se caracterizará por una especial «alegría». Ni más ni menos que la del «bon sauvage» tópicamente suponer que el «bon sauvage» del antropólogo de cá-

tedra o de televisión es «feliz», no pasa de ser una tomadura de pelo para lectores «civilizados». La especie no puede ser alegre: puede alegrarse de vez en cuando, y eso es todo. Y será muy difícil precisar cuándo y cómo cada cual experimenta una «alegría». El casualismo no tolera excesivas precisiones.

Es muy curioso que, en los programas político-sociales al uso, nadie convoque a la «alegría». Si no recuerdo mal, hubo algún tinglado hitleriano o mussoliniano que, en su título, involucraba la palabra «alegría». Era el «doppolavoro» del eterno fascismo. O las «vacaciones pagadas» de los otros sistemas. Eso no es «alegría». O, a lo sumo, lo es para los nenes. En días de los chicos, la «alegría» —¿alegría?— consigue ser algo medianamente verificable. A medida que se asciende al grado de «adulto», la «alegría», ya dudosa, se problematiza. Y ni siquiera cabe identificarla con un «placer» cualquiera. Hay placeres tristes: casi todos lo son, porque se acaban, y empiezan sabiendo que se han de acabar... «Post coitum, tristatur», decían los moralistas de la Escolástica. Es un episodio a retener. No es que la «tristeza» sea la fatal. Es muy difícil estar triste muchas horas seguidas. Pero la alternativa no es «estar alegre»... Echarse a reír no es síntoma de alegría, por desgracia. El sarcasmo incita a la carcajada: el sarcasmo, sin embargo, nunca es «alegre». El «humorismo» culto se definió a base de la «melancolía»: de «humores», en un ambiguo sentido verbal, entre fisiológico y literario. Risa o sonrisa, no es «alegría». La «alegría», con risas y sonrisas, sólo es una chambala... El señor Pla diría «una propina». Las personas devotas podrían invocar a la Divina Providencia. Todo es uno y lo mismo: un instante hiperbólicamente asumido. No existe la alegría. Créanme ustedes: no. Ni habrá nunca un átomo de alegría. La grandeza del Hombre, de ese escurridizo ejemplar de zoo que es el hombre, reside en haberse obligado a la fantasía de sentirse «alegre» unos minutos, entre nacer y morir...

Joan FUSTER

QUIEN SE QUEDA CALVO
ES PORQUE QUIERE

Usted sabe que mediante un eficaz tratamiento se puede cortar la caída del cabello. Déjenos aplicarle ese gran avance de la ciencia cosmética que es el AKERD.I.C. Internacional. Todos nuestros productos de higiene capilar, están bajo riguroso control médico.



Con ellos, conseguimos que el cabello fino y parcialmente atrofiado se vigore y, por tanto, se renueve el cabello perdido premocemente o debilitado. Su caso concreto, como cada uno, será tratado conforme a las características que reúna. No quiera ser calvo, permítanos ayudarle a ello.

TAMBIEN PARA SEÑORAS
INSTITUTO-CAPILAR INTERNACIONAL
un servicio de IMPERIAL COSMETICS INTERNATIONAL, S.A.

Avda. Gmo. Franco, 474 (Edificio Windsor) También en:
Sobreatico - Tel. 228 0094-228 5762 (Parking) MADRID VALENCIA SEVILLA BILBAO
BARCELONA 248 2248 21 2247 22 8294 21 9399

PORTERO
ELECTRONICO
FERMAX
TELEFONO 223 72 00
Avda. José Antonio, 423

MOLINOS
PARA TRITURAR, PULVERIZAR,
GRANULAR, CALIBRAR Y TAMIZAR
TODA CLASE DE PRODUCTOS
ROYAL TRIUMPH
C.LAS FLORES, 5-Tel. 241 01 34-BARCELONA 1

CONFERENCIA-COLOQUIO

ASESORAMIENTO EN EL CAMPO DE LOS RELÉS
(Selección de los materiales de contacto)

que con el patrocinio de EXSA, S. A. y con motivo de la Feria Internacional de Barcelona, tendrá lugar el día 5 de junio a las 18 horas en el salón n.º 5 del Palacio del Centenario, bajo la dirección de los señores Hartmann de Schrack y Liarte de Exsa. Para información complementaria e invitaciones, pueden dirigirse a la central del Grupo Exsa en Barcelona, calle Amigó, 16. Teléf. 218-76-84/85 o en el stand del Grupo, sito en el Pabellón núm. 1.